

PENSANDO EN CASA

DURANTE MI ÉPOCA de estudiante en el seminario, uno de mis profesores, el Doctor John Gerstner, me asombró mucho. Él despertaba mi admiración de muchas maneras, entre ellas por su conocimiento enciclopédico de teología y filosofía, así como su aguda mente que solía brillar en el aula. También lo admiraba en gran medida por su profunda espiritualidad y piedad.

En una ocasión, después de una provocativa conferencia del Doctor Gerstner, me sentí impulsado a preguntarle: “¿Cómo es el cielo?”. Él me miró extrañado, como diciendo: “¿Cómo he de saberlo? Nunca he estado ahí”. La profundidad y el entendimiento espiritual del Doctor Gerstner me impresionaban tanto que yo casi esperaba que él me diera el reporte de un testigo ocular. Al final terminó dándome algunas lecturas que resultaron útiles para mejorar mi entendimiento.

No creo que exista alguien que nunca se haya preguntado cómo es cielo, ni que tampoco haya considerado la pregunta más fundamental: *¿Existe el cielo?*

En los últimos tiempos, el cristianismo ha sido criticado abiertamente por ser una religión de “castillos en el aire”. Karl Marx popularizó el concepto de que la religión es el opio del pueblo;

No podemos tomar en serio el cristianismo sin ver la importancia central del cielo.

su tesis afirmaba que la religión había sido inventada y usada por las clases dirigentes para explotar y oprimir a los pobres del mundo y evitar que no se revolucionaran. Según él, la promesa de “castillo en el aire” fue diseñada para animarlos a ser buenos trabajadores y obedecer a sus maestros, con esto su recompensa sería aplazada hasta la eternidad.

Ahora bien, independientemente de lo que Marx creyera, no podemos tomar en serio el cristianismo sin ver la importancia central del cielo. En la Biblia sí hay una idea integral de “castillo en el aire” (entendido correctamente, por supuesto), en especial en el Nuevo Testamento, y me temo que como creyentes hemos perdido el apetito por los deleites que Dios tiene para su pueblo en el futuro.

De vez en cuando, los encuestadores les han pedido a los cristianos que nombren su capítulo favorito del Nuevo Testamento. Cuando surgen encuestas como esa, al parecer siempre hay dos capítulos que quedan en primero y segundo lugar. Los capítulos que rivalizan por ser los más populares en el Nuevo Testamento son 1 de Corintios 13, el gran “capítulo del amor”, y Juan 14.

Al comienzo de Juan 14, el Señor Jesús habla a sus discípulos en su último gran discurso con ellos en el aposento alto la noche en que fue entregado, la noche previa a su ejecución. Allí Él les dijo: *“No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho”* (versículos 1 y 2a).

Jesús comienza esta parte del discurso con una amonestación, una orden para sus discípulos. Él les dice que no permitan que sus

corazones se agobien o se perturben. Este es un llamado a confiar y a tener fe. Después, Él prosigue a razonar con ellos de manera sucinta pero profunda. Como esas palabras son tan confrontantes para nosotros, fácilmente podemos restarle importancia a la fuerza del argumento contenido en esta breve afirmación.

Es Dios mismo quien certifica y verifica la identidad de Jesús.

Jesús dice *“no se turbe vuestro corazón”*, y luego hace una afirmación sobre los discípulos al decirles *“creéis en Dios”*. Cristo no les pregunta *“¿creéis en Dios?”*. Él sabe que ellos creen; esa es su primera premisa. Luego prosigue diciendo: *“creed también en mí”*. Esto es crucial para el testimonio del Nuevo Testamento, ya que es Dios mismo quien certifica y verifica la identidad de Jesús. Al dotar a Cristo con poderes milagrosos y resucitarlo de la muerte, Dios certifica que Él es Su Hijo amado. A lo largo del Nuevo Testamento, en tres ocasiones se registra que el Padre habla de forma audible desde el cielo, y en cada una de ellas el anuncio es sustancialmente el mismo: *“Este es mi Hijo amado”*. En una ocasión la voz dijo acerca de Jesús: *“En quien tengo complacencia”* (Mateo 3:17); en otra dijo: *“A Él oíd”* (Marcos 9:7). Cristo entonces les está diciendo a sus discípulos que Dios el Padre lo envió al mundo y también testificó de Su identidad en el mundo; ahora, la noche antes de Su muerte, Jesús les dice a Sus discípulos: *“ustedes creen en Dios, entonces crean también en mí”*.

¿Por qué comenzó Jesús con la premisa: *“ustedes creen en Dios”*? Hay un sentido real en el que esa proposición es la idea central para entender por completo la vida, el mundo, la muerte y el cielo. Si Dios no existe, no hay razón alguna para tener una esperanza significativa en la continuidad de la existencia personal que llamamos *vida*; sin embargo, si Dios es real, ¿qué sería más ridículo que asumir que Él hace criaturas a Su imagen pero el destino de ellas es vivir como hierba por un poco de tiempo, solo para perecer

y que todos sus recuerdos, todas sus esperanzas y toda su labor terminen en vanidad?

Recordemos el diálogo de *Macbeth*, escrito por Shakespeare: “La vida es una sombra que camina, un pobre actor que se arrebatata y contonea en el escenario, pero del cual nunca más se vuelve a oír”. Esto, desde luego, se refiere a la vida del actor o del dramaturgo. ¿Cuál es la valoración entonces en *Macbeth*? “Es [la vida] un cuento relatado por un idiota, lleno de ruido y de furia, que no significa nada”. La imagen que obtenemos de esa afirmación es la de una persona bajo la luz principal, en el centro del escenario, por un corto interludio de la vida, que de repente es silenciada. El sentimiento de esta idea es que, si esa es la conclusión final de la existencia humana, entonces la historia de la vida es un “cuento de idiotas”. Un idiota es alguien irracional, alguien que no tiene sentido; un idiota está al borde de la locura, y sus relatos no son historias creíbles. Es posible que sus palabras estén llenas de ruido, furia, pasión y movimiento, pero, ¿cuál es su significado? Ninguno. Creo que el significado de la vida es la gran pregunta existencial que todo ser humano enfrenta ante la muerte.

Nunca olvidaré el día en que uno de mis hijos nació. Estando de pie en el hospital miré a mi primer varón. Sabía que mi vida había cambiado de forma irreversible; ahora todas mis relaciones

Tuve una experiencia entre el conflicto de la vida y la muerte.

iban a ser diferentes. Recuerdo vívidamente aquella ocasión porque esa tarde, cuando volví al hospital, llevé a mi madre para que viera a su nieto. Ella estaba muy emocionada con él, y cuando llegamos a casa dijo: “este es el día más feliz de mi vida”.

A la mañana siguiente desperté escuchando a mi hija llamar a mi madre. Luego vino a mi habitación y dijo: “la abuela no se despierta”. Cuando entré al cuarto vi que mi madre estaba muerta; había fallecido mientras

dormía. Fue uno de esos momentos extraños y misteriosos de la existencia humana. En mi mente resonaba lo que dijo mi madre, como si lo hubiera dicho solo unos minutos antes: “este es el día más feliz de mi vida”. Ella había sido un ser humano lleno de vida, activo, atento y apasionado. Ahora yacía sin vida sobre su cama. La mañana anterior, con el nacimiento de mi hijo, ella había presenciado la novedad de la vida, pero el mismo día que nació mi pequeño, ella falleció. Así que tuve una experiencia entre el conflicto de la vida y la muerte. Estando ahí de pie dije: “esto no tiene sentido. La muerte no tiene sentido”. Cada fibra de mi ser me decía: “esta no puede ser la conclusión definitiva de la experiencia humana”.

Mi respuesta se podía explicar como una necesidad emocional del alma para creer que la vida tiene sentido, pero yo pensaba en estos términos: “si Dios existe, este no puede ser el final”. Esto es lo que Jesús les dice a sus discípulos al asegurar: *“no se turbe vuestro corazón”*. Mientras contemplaba el cuerpo de mi madre en esa habitación, mi corazón estaba turbado, muy turbado. Sin embargo, Jesús dice: “no lo permitas: no dejes que tu corazón se turbe. Si crees en Dios, cree también en mí”. Y de inmediato, tras hacer esta conexión entre la fe en el Padre y la fe en Él, Jesús dice: *“en la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho”*. ¿Entiende usted la importancia de lo que Jesús les está diciendo a Sus discípulos?

Al aproximarse el momento de Su muerte, Cristo les dice: “Confíen en mí. Confíen en el Padre. Él tiene una gran casa con muchas mansiones en ella. Si así no fuera, si esto fuera solo fantasía, si fuera tan solo una proyección de un deseo emocional, si se tratara de un cuento de hadas o una superstición humana, yo se los habría dicho”. Tenga presente que si Jesucristo es Dios encarnado (como efectivamente es), Él es el teólogo por excelencia; el mejor de todos los que jamás han pisado este planeta. Él no comete errores

teológicos, ni los aprueba. Él no iba a permitir que Sus discípulos pasaran el resto de sus vidas sosteniendo una perspectiva falsa. Además, Él les dice: “su esperanza de vida después de la muerte no es infundada; no es falsa. Si fuere falsa, yo se los hubiera dicho; yo los habría corregido”.

Luego, el Señor prosigue diciendo: “*voy a preparar un lugar para vosotros. Y si me voy y preparo un lugar para vosotros, vendré otra vez y os tomaré conmigo; para que donde yo estoy, allí estéis también vosotros*” (Juan 14:2b-3, La Biblia de las Américas, LBLA). Acá Jesucristo está afirmando: “Voy a casa; voy a la casa de mi Padre. Voy a recibir mi herencia final. Pero al cielo no iré solo; voy allá a preparar un lugar para ustedes, para que donde yo esté, ustedes también estén”.

Cada persona, cristiana o no, anhela encontrarse con sus seres queridos que han partido antes de ellos, pero el cristiano anhela estar con Cristo. Cuando llegue al cielo, no podré esperar el momento en que vea a mi padre, a mi madre y a mis amigos que han muerto, pero la mayor esperanza de mi alma es ver a Cristo resucitado en la casa de Su Padre, y Él ha prometido que así va a ser.

¿Cuántas veces se ha preguntado usted si hay vida después de la muerte? A veces nos *encogemos* por el terror y las dudas al contemplar algo tan maravilloso como lo que puede significar el cielo, y otras veces pensamos que es demasiado bueno para ser cierto. Hace algunos años, mi esposa y yo estuvimos involucrados

Por naturaleza nos aferramos a la vida en este mundo [...] en un accidente de tren en Alabama en el cual murieron más personas que en todos los accidentes del servicio de trenes *Amtrak* juntos. Después de esto, nos vimos frente a reporteros apuntándonos con sus micrófonos y haciendo preguntas: “¿por qué tuvieron tanta suerte como para sobrevivir a esto?” y “¿por qué Dios permitió que ustedes sobrevivieran y tomó la vida de los demás?”. A menudo pienso en esa experiencia y en

mi mente surgen las suposiciones detrás de esas preguntas: ellos creían que yo fui quien corrió con suerte por haber sobrevivido al accidente de tren. Pero si no hubiese sobrevivido, ya estaría en casa. Estaría en el cielo. Por naturaleza nos aferrámos a la vida en este mundo, temiendo que lo que nos espera más allá sea peor. Sin embargo, la felicidad que Dios tiene guardada para los suyos no puede compararse con cualquier gozo o deleite que podamos abrazar en esta vida.